

confesaba con él: y él fue el que me preparó para la primera comunión. Recuerdo que solía darme por penitencia que en la comida me abstudiese de algun plato que más me gustara, ó que diera el almuerzo al primer pobrecito que topase: á veces me aconsejaba que hiciese la señal de la cruz al pasar por delante de alguna imágen: otras veces, que al andar por las calles llevara los ojos bajos; y otros actos de mortificación semejantes á estos.» En donde se ve por una parte la pureza de vida del niño, á quien tan leves penitencias se imponían; y por otra, la destreza del confesor en acostumbrarle á la mortificación desde sus primeros años, y esto con tanta suavidad. Otro testigo, Fernando Pesci, sin bajar á tantos pormenores, asegura que se había confesado con él, y que salía del confesonario muy contento¹.

¹ *Process. Parm.*, fol. 491.

CAPÍTULO IX

Suplica al P. General no le imponga la carga del provincialato. — Respuesta del P. Grüber. — Acto de humildad. — Proyecto de un seminario ruso en Roma. — Popularidad del P. Angiolini. — Es llamado por los reyes de las Dos Sicilias á Nápoles para reponer en aquel reino la Compañía. — Enfermedad del P. Nicolás Pignatelli. — Pasa á Venecia el P. José para asistirle. — Reconciliacion de Nicolás. — Agrégale José á la Compañía. — Muerte ejemplar de Nicolás. — El Siervo de Dios ante el cadáver de su hermano. — Exequias. — Circular del P. Angiolini. — Llama á Nápoles al P. Pignatelli. — Salida de Colorno. — Viaje á Roma. — Detencion en esta ciudad. — Audiencias del Papa. — Agasajos del General de Santo Domingo. — Cordialidad con sus hermanos. — Salida para Nápoles.

1803 — 1804

Aunque el poderoso valimiento de tantos intercesores para con Dios hacía esperar al P. Pignatelli que no le faltaría el auxilio del cielo para desempeñar el cargo de Provincial; con todo su humildad se mostró más aguda en inventar razones para no admitirlo, que lo suele ser la ambicion para ingeniar medios de alcanzar sus pretensiones. Veía que á la pequeña Provincia de Parma faltaba, humanamente hablando, todo el apoyo que para subsistir le era menester. No había olvidado que la corte de España siempre tuvo fijos los ojos en su persona.

Mientras estuvo escondido en el rincón de Colorno, el gobierno español le perdió de vista, ó al menos ninguna muestra dio

de preocuparse por él; «pero en cuanto llegue á su noticia,» se decía á sí mismo, «que Pignatelli es no solo jesuíta, sino Provincial de los jesuítas, ¿no es de temer, que resuciten sus antiguos odios no ya contra mí, que esto poco me importaría, sino contra todos mis hermanos que en Parma viven reunidos, y aun tal vez contra los de Rusia? ¿Y he de ser yo ocasion de nuevos disturbios, de nuevas persecuciones y quizás de la total ruina de mi amada madre la Compañía de Jesús, que amo más que mi vida?» Esto causaba al P. Pignatelli la mayor de las penas que oprimían su corazón: pensar que pudiera acontecer que por su causa viniese á toda la religion algun grave daño de parte de la corte de Madrid.

Después de mucho dar y tomar sobre el negocio, y habiéndose puesto en absoluta indiferencia delante de Dios para abrazar lo que fuese más conforme con la voluntad divina, escribió al P. General proponiéndole las razones que en contra de su nombramiento se le ofrecían, reforzando con mayor copia de argumentos la que reputaba más poderosa, y lo era en realidad, del grave perjuicio que pudiera causar á toda la Compañía su nuevo cargo, cuando llegase á conocimiento del rey católico. Agradóse el P. Grüber de la humildad, prudencia y sinceridad que resplandecían en la carta del P. Pignatelli.

No le fue necesario examinar detenidamente las razones que le proponía y los argumentos con que las apoyaba; pues todo lo había previsto ya: así que un día después de haber recibido la carta, á los 19 de Agosto de 1803, le contestó de la manera siguiente: «Reverendo en Cristo Padre: = Ayer recibí la de V. Reverencia, y he leído y examinado las razones y motivos, que por su humildad y prudencia me ha expuesto acerca de su nombramiento de Provincial. Yo, á pesar de todo, juzgo en el Señor que las tales razones no me pueden ni deben mover á variar la resolución tomada. Dios nuestro Señor es más poderoso que nuestros enemigos: y además el Padre Santo, está informado ya, y aprueba la mudanza hecha. Y como todas estas cosas las sabe la corte de España, no hay que temer cosa alguna por

ese lado. Confiemos en el Señor, que no abandona á quien en él confía. Acepte por tanto V. R. la cruz que el Señor le impone, y no dude que le dará las fuerzas, unción, consuelo y victoria por Jesucristo nuestro bien.»

Hasta aquí el P. General, á quien nada tuvo que oponer el P. Pignatelli, sino someterse y aceptar su nombramiento, que veía haber merecido la aprobación del Soberano Pontífice, y ser por lo tanto voluntad manifiesta de Dios que tomara sobre sus hombros la carga del provincialato. Fuele de grande consuelo saber que el negocio de su elección se había tratado no solamente con Su Santidad, sino también con el rey de España, con lo cual se podía prometer que no ocasionaría perjuicio á su Religion el que desempeñase el oficio de Provincial de ella aquel Pignatelli, que tantos recelos le había inspirado en otro tiempo: aunque, á decir verdad, poco le tranquilizó la aquiescencia de Carlos IV; pues no ignoraba que no procedían de su real persona, sino de la mala voluntad de sus ministros, las disposiciones que en Madrid se tomaban contra la Compañía, y los obstáculos que contra su propagación y restablecimiento sin cesar se excitaban.

No era parte su oficio de Provincial para que dejara pasar las ocasiones de humillarse y mortificarse, que se le ofrecían. Oíase lo que de sí cuenta D. Tito Cecconi. «Recibí orden de prepararme para mi ordenación de sacerdote, lo que sucedió en Setiembre de 1803: y debiendo para ello ir á *Borgo San Donnino* con dimisorias de Monseñor Páolo, obispo de Loreto, mi patria, pedí por favor al P. Pignatelli me dejase hacer todo aquel camino á pie, diciéndole que esto me serviría para cumplir el experimento de la peregrinación. Él me respondió: «Me gusta ese vuestro pensamiento: la única dificultad está en hallar un compañero, porque aquí todos están ocupados.»

«Llegado el día de la partida, vi con grande admiración que el compañero era el mismo P. Pignatelli, el cual me hizo tomar el breviario y una camisa, envolviéndolo en un pañuelo, como lo había hecho él, y me dijo que le siguiera. Me acompañó siempre

á pie hasta Parma (diez millas;) pero aquí el P. Panizzoni, Vice-Provincial, no permitió que el Siervo de Dios prosiguiese el viaje hasta *Borgo San Donnino*; y á fin de quietarle le dijo que me acompañaría él mismo, como lo verificó, pero tomando un coche. Cuando después volvimos á Parma con el Padre Panizzoni, encontramos al Siervo de Dios, que me aguardaba para acompañarme á pie hasta Colorno¹.»

Del suceso que acabamos de referir se desprende, que ó no había recibido aún el P. Pignatelli la carta del P. Grüber, cuando hizo este viaje, ó que no se había publicado su nombramiento de Provincial; pues se da el nombre de Vice-Provincial al P. Panizzoni. Tal vez presentía el Siervo de Dios que su provincialato de Parma sería efímero, y que no había para que darse prisa á tomar aquel cargo, que casi no había de ejercer; pues á no tardar se le llamaría á Nápoles, en donde ejercería en toda forma aquel oficio para no dejarlo hasta su muerte.

Entretanto continuaba en Roma sus negociaciones acerca del restablecimiento de la Compañía el P. Angiolini: el cual se había pasado á residir en la casa profesa del Jesús, en donde vivían reunidos gran número de jesuitas italianos y de cuarenta á cincuenta españoles: pero como se juzgase por cosa más prudente que no viviera en compañía de jesuitas, como él deseaba, se retiró al que fue noviciado de San Andrés, donde moraban algunos Padres de San Vicente de Paúl, como lo verificó el 27 de Diciembre de este año de 1803².

Uno de los asuntos de que trataba el P. Angiolini en Roma, segun escribe el P. Luengo³, era la fundacion de un colegio para jóvenes rusos, á imitacion del Germánico. Está muy conforme con esto lo que en otro lugar escribía el mismo autor con estas formales palabras: «Es indudable y lo han asegurado cien veces estos jesuitas rusos, que vinieron á Parma, que la piadosa (*sic*)

¹ *Process. Rom.*, fol. 756.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 325.

³ *Diario*, Tomo 38, pág. 118.

Emperatriz tenía grandes é importantísimos proyectos así á favor de la Compañía de Jesús, como á beneficio de la Religion Católica, y sobre la grande obra de la reunion de su Imperio á la Santa Sede.»

«La determinacion de enviar á Roma al Illmo. Benislauski, que por la revolucion de los tiempos y de los Estados no se puso en ejecucion, es algun indicio de estas piadosas intenciones de su Majestad Imperial: y para ir preparando y facilitando la reunion no habrá servido poco una obra que por su orden escribieron sobre este asunto los jesuitas; y al mismo intento se han observado, aun desde tanta distancia, algunas oportunas industrias y arbitrios, y en particular un grande empeño en mostrar aprecio y reverencia para con el Romano Pontífice, é inspirarlas en todas las gentes¹.» Acaso, si Roma no hubiese gemido bajo la irresistible opresion de las cortes, se hubiera llevado á cabo esta importantísima obra en los días de Catalina II, que de veras la deseaba.

Entretanto excitaba grandemente la curiosidad de los romanos la continua comunicacion del P. Angiolini con Su Santidad y la proteccion que le dispensaba el agente de Rusia en Roma. Esto le ayudó sobre manera á granjearse las simpatías de las personas más autorizadas de la ciudad, como lo escribía el mismo Padre al General por estas palabras²: «Los cardenales, los príncipes, y los grandes señores todos me quieren en sus casas, y me asedian de tal suerte, que no me puedo desentender de ellos. Aguárdanme muchos en mi antecámara ántes de levantarme, porque dicen que entre día no es posible dar conmigo: por la tarde, cuando vuelvo á casa, encuentro mi habitacion llena de visitas. Nada digo de las esquelas. En las calles me detienen, me besan la sotana, y me señalan con el dedo, como si hubiese venido del otro mundo.»

Permaneció en Roma el Padre Angiolini hasta principios

¹ *Diario*, Tomo 30, pág. 612.

² P. Rozaven, pág. 138; citado por el P. ZALENSKI.

de 1804, en que fue llamado á Nápoles á toda prisa para el objeto que explica el P. Luengo. «Con carta,» dice, «de la Reina de Nápoles, comunicada por el cardenal Carrafa Belvedere, fue llamado á Nápoles con la mayor presteza el P. Angiolini, para restablecer en los dominios de Su Majestad la Compañía de Jesús en union y dependencia del P. General de la Rusia. El P. Angiolini lo comunicó todo al Papa, y le pidió su licencia y bendicion; y el 29 de Febrero de este año bisiesto de 1804, un día después de haber llegado la carta, partió al medio día con toda diligencia.»

«El Ministro Acton recibió al P. Angiolini con mucho agrado y con muestras de afecto y de estimacion, no menos que la Reina, á la cual fue inmediatamente presentado, protestándole que tanto ella como el Rey estaban muy determinados á reponer la Compañía en su reino sin perdonar á diligencias algunas para superar las dificultades que pudiese haber en el asunto. Remitiósele después al Ministro Micheroux, que entiende en los negocios eclesiásticos, para que los dos se acordasen en los pasos que se deben dar en el negocio, y en los medios y manera de ejecutarlo¹.»

Trabajó el P. Angiolini para vencer las dificultades con tal acierto, que pronto pudo enviar al Papa un memorial pidiendo en forma el restablecimiento de la Compañía. Enviólo firmado de su mano. Pío VII lo deseaba autorizado con la firma del rey ó de su ministro. Ocurrió en este tiempo la muerte de Monseñor Marotti, secretario de cartas latinas, ex-jesuíta, que ayudaba á Angiolini².

El cardenal Antonelli, temiendo la indignacion de la corte de España, oponía dificultades á la ejecucion: y le fue forzoso al P. Angiolini negociar con Carlos IV su beneplácito, que al fin consiguió³. Todo esto iba retardando la expedicion del Breve del restablecimiento: y más que todo el no tener Pío VII una peti-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 70.—*Process. Rom.*, fols. 902-903.

² P. LUENGO, *ibid.*, pág. 82.

³ *Process. Rom.*, fols. 902-903.

cion firmada por el Rey ó su ministro, como deseaba, y en 30 de Abril manifestó no haberla recibido todavía¹.

Mientras esto pasaba en Nápoles, el P. Pignatelli tuvo que emprender un viaje á Venecia, á donde se había recogido su hermano Nicolás cuando los franceses ocuparon á Ferrara. La causa de este su viaje fue la que voy á decir.

El día 27 de Febrero de 1804 recibió una carta de Venecia, en que se le anunciaba que Nicolás se hallaba gravemente enfermo y desahuciado de los médicos. Diole tan triste noticia el Padre Francisco Gustá, español, antiguo religioso de la Compañía, muy conocido por sus obras, señaladamente por las publicadas contra los errores jansenísticos². Al avisarle del peligro en que se encontraba su hermano, suplicábale que al momento se trasladase á Venecia para arreglar los negocios de la casa y del alma del P. Nicolás.

Tan inesperada noticia turbó el ánimo del santo varon; y sin demora llamó al H. José Grassi, y mandóle preparar todo lo indispensable para el camino. Hacia el anochecer de aquel mismo día en que recibió la carta, fueron á Parma los dos; y habiéndole prestado un carruaje el ministro de España, partieron con caballos de posta al amanecer del día siguiente, 28 de Febrero, para Venecia.

Larga cosa sería describir los padecimientos de aquel viaje. La estacion era muy rígida, los caminos en pésimo estado y cubiertos de hielo y de nieve, que caía á grandes copos cuando salieron de Parma, y al cabo del primer día de viaje levantaba una terciá sobre el terreno. El carruaje era muy lijero; mas la nieve estorbaba tanto el tiro, que á lo mejor se plantaban los caballos y no había quien los moviese; de modo que temiendo el Padre llegar tarde á Venecia, tuvo que añadir otros dos.

¹ P. LUENGO, *ibid.*

² Nació en Barcelona el día 9 de Junio de 1744; entró en la Compañía el 2 de Octubre de 1759; hizo la profesion en 1806, y murió en Sicilia en 1816.

Entretanto iba el Siervo de Dios tan decaído y sin fuerzas por el rigor del frío y escaso alimento tomado á la ligera en los albergues, que no se tenía en pie; y dijo varias veces al compañero, que, como si fuera un árido tronco, no sentía miembro alguno de su cuerpo. Levantábase muy temprano todos los días, y á todo trance quería siempre celebrar el santo sacrificio ántes de ponerse en viaje, lo que no omitió nunca, por lejos que estuviese la iglesia y por muy intenso que fuese el frío.

En una aldea suplicó á no sé quién que le condujese á la iglesia, que no debía de estar muy lejos; pero el pobre hombre, poco práctico, le llevó dando mil vueltas inútiles por veredas intransitables, con tanta molestia, que destituido ya de fuerzas el Padre, cayó en tierra y fue á dar con el pecho en una barra de hierro que salía de una gruta subterránea. Apresuróse el compañero á levantarle, y preguntándole si se había lastimado, respondió que no, gracias á la proteccion de Dios y de su ángel de guarda, y dirigiéndose dulcemente á quien los guiaba, le dice: «Dios os perdone, hermano, la mala obra que nos hacéis.»

Arribó tarde una noche á Legnano, pueblo del territorio de Verona, y tuvo que alojarse en un casucho tan malo, que no había puerta ni ventana por donde no entrase y saliese el aire á su gusto: y para remedio del frío, les encendieron unos tarugos verdes, que llenaron la casa de humo insoportable. Con una ligerísima cena, correspondiente al alojamiento, se metió en la cama, que hubo de cederle el compañero, porque era sola para los dos: pero en toda la noche no pudo cerrar los ojos, ya por el rigor del frío, ya por un ejército de ratones, que no contentos con sus corridas sobre el techo del cuarto, se descolgaron por las rendijas á pasearse sobre el cuerpo del santo varon, que se encontró aterido y sin movimiento al amanecer. No se le oyó sin embargo una queja, ni dio señal de disgusto, pasando las horas en oracion con su Dios y familiar coloquio con el compañero, á cuyas oraciones encomendaba á menudo el grave negocio que le había obligado á emprender viaje tan desastroso.

Así pasó cuatro días de padecer y merecer, hasta que lle-

gando finalmente á Venecia, buscó al Padre Francisco Gustá, de cuya boca oyó con inefable consuelo que su hermano vivía aún y estaba en su juicio. Lo que daba mucho que pensar era el modo de conducir tan difícil negocio con la necesaria prudencia. Unos eran de opinion que el P. Pignatelli enviase recado de su llegada al enfermo; mas otros por el contrario, creían mejor que se le presentase de repente; pero en uno y otro partido había sus dificultades. Parecía inútil el primero, porque pudiera muy bien Nicolás responder con el mismo propio que no aceptaba la visita, é inutilizar así toda industria; y el segundo llevaba tambien su peligro por la violenta impresion que podría hacer en la mente débil de un enfermo, ya casi moribundo, la repentina aparicion de persona, á quien había mirado de mal ojo por tanto tiempo.

Mientras que se vacilaba entre los dos pareceres y se discutían las razones del pro y del contra, el P. Pignatelli se retiró, y poniéndose en oracion, demandó fervorosamente á Dios un rayo de luz que le guiase á conocer y elegir lo mejor y más conveniente; y al levantarse de la oracion, dijo: «Ea, conducidme á casa de mi hermano, y dejadme obrar á mí.» Al llegar á la casa, mandó llamar á un criado, y le ordenó que sin decir palabra al P. Nicolás, le llevase á su alcoba, y los dejase solos. Y yo no puedo describir lo que pasó allí entre los dos mejor que con las palabras con que depuso todo el caso en los procesos el Hermano José Grassi, el cual, estando en la antecámara del enfermo en compañía de sus criados, no dejó de espiar y escuchar tras la puerta con ellos todo el tiempo que duró la entrevista, deseosos como estaban todos de ver en qué paraba caso tan grave.

«Entró,» dice él, «el P. José en la habitacion, y cerrada la puerta, se puso delante del enfermo, é hincándose de rodillas, hecho un mar de lágrimas, le dice: «Aquí tienes, hermano mío, á tus pies á un enemigo, pero enemigo acaso por imprudencia, por imprevision, no de voluntad. ¿Qué mal te he hecho yo para que te muestres tan esquivo y desamorado conmigo? Sábelo Dios cuánto te he querido como á hermano y con qué